

El oficio de la antropología y el trabajo de humanarse

Diego Cagüañas*
Universidad Icesi, Colombia

eo en el artículo de Laura Guzmán y Luis Alberto Suárez la manifestación de un malestar. O malestares. Malestar con el estado actual del oficio de la antropología, dominado por informes y métodos instrumentales; malestar, este más callado, con la vida citadina, alejada del trabajo de la tierra y la producción de la vida. Ambos malestares resienten el entorpecimiento del trabajo de *humanarse*. Los comparto en parte y no los creo exclusivos de la antropología. En atención al breve espacio del que dispongo, me concentraré en un par de formulaciones que se me antojan problemáticas, para luego cerrar con unas palabras acerca del concepto de humanarse, no sin antes señalar la importancia de este tipo de reflexiones que nos proponen los autores, en las que encuentro un síntoma de la vitalidad de un oficio que no cesa de pensarse a sí mismo.

Guzmán y Suárez nos invitan a considerar una forma de hacer antropología que estiman más fecunda y justa, la cual consiste en acompañar el trabajo material, esto es, aprender, ejercer y, quizás, encarnar el quehacer de aquellas personas cuyas labores “permiten que la vida siga sucediendo”. En contraste con el trabajo de campo que hace énfasis en la observación y el registro de las actividades de aquellos que se consideran “objeto de estudio”, acompañar la vida nos permitiría aprender algo más valioso y que *no se podría aprender de otro modo*. Dado que la propuesta concierne al trabajo etnográfico relacionado con oficios que “llaman la atención sobre nuestra dependencia del suelo”, podríamos aprender acerca de la dependencia fundamental de la vida humana frente a otras formas de vida, así como de nuestra exposición a “la intemperie y al flujo del tiempo”. A través de la repetición del trabajo con el suelo que se nos resiste, aprenderíamos sobre lo que es una buena vida y una vida buena. Una propuesta sugerente, sin duda. Y, sin embargo, no puedo dejar de preguntarme cuál sería entonces la naturaleza del saber antropológico.

* dcaguenas@icesi.edu.co / <https://orcid.org/0000-0001-5274-5336>

Me explico. Supongamos que nos dejamos enseñar cómo cultivar una vida vegetal particular. Ello solo puede llegar a feliz término si nos hacemos más atentos a las características del suelo, a los ires y venires de aguas y vientos. Nos habremos transformado, pues seremos mejores cultivadores. Pero eso no es todo. Hemos aprendido algo más, hemos aprendido nuestro justo lugar en el entramado cósmico, con lo cual, es de esperar, dejaremos de perpetuar injusticias y exclusiones. Aclaran los autores que no se trata de una suerte de experiencia mística, sino del resultado del trabajo repetido, mancomunado y bien hecho. Esto evitaría que hagamos uso de lo aprendido como “insumo de análisis para decir algo más de la vida de esa gente”. Convengamos que sea así. ¿Pero, de ser posible, esto es suficiente?, ¿cómo *no* decir “algo más”?, ¿ese “algo más” que podríamos decir antropólogos y antropólogas es necesariamente fruto de una relación de subordinación y de explotación de otras vidas y saberes?

Comparto con los autores que la mayoría de nuestros modos de hacer se originaron en la desigualdad y tienden a perpetuarla. ¿Cómo imaginar otros modos que no carguen ese lastre heredado sin que por ello se disuelva el oficio de la antropología? Los autores confían en que podemos aprender de la vida, en lugar de “documentar o elaborar apreciaciones abstractas de una vida que ya no es”. No creo que esto sea posible. Quizás porque nunca he sentido enemistad por la abstracción, o mejor, la producción de conceptos. Que aprender de la vida nos haga mejores personas y mejores antropólogos y antropólogas es un deseo loable. Mas no creo que ello nos exima del trabajo del pensamiento, el cual, siempre parte de la vida, suele pasar *después*. Lo que no quiere decir que la vida ya no sea, sino que la vida puede ser pensada porque pensar es un modo de hacer enteramente arraigado en ella. “El empirismo es el misticismo del concepto”, escribió alguna vez Deleuze. Los conceptos son las cosas mismas porque pensar es producir mundos. *Mundo, vida y la vida* son conceptos particularmente poderosos debido a las copiosas conexiones que continúan permitiendo. Sin abstracción no hay cosecha.

Ahora bien, el malestar que sí comparto con Guzmán y Suárez tiene que ver con el “modo industrializado de producción de conocimiento que suele acompañarse de escrituras agroindustriales”. El problema que percibo en la antropología contemporánea, más que con el recurso a la abstracción, tiene que ver con su *predictibilidad*. Buena parte de lo que hacen las ciencias sociales hoy es poco más que la “recolección de datos cuyo único fin [es] la producción de resultados o la demostración de resultados prefabricados”. El guion, tantas veces repetido, es ya familiar en demasía: una comunidad minoritaria en algún sentido es “invisible” por una entelequia mayor, cuyo nombre es más o menos intercambiable:

capitalismo, racismo, neoliberalismo, extractivismo, y así... Los sospechosos de siempre. “Visibilizar” es el verbo más usado para describir la parte jugada por el antropólogo o la antropóloga en esta operación de previsible desenmascaramiento. Lo que se “visibiliza” es lo que se tenía por cierto de antemano (o lo que pedía el *grant*, que viene a ser más o menos lo mismo). Esto es mala abstracción. Mala porque suele desatender lo ocurrido durante el trabajo de campo a cambio de disfrazar como conclusiones lo que en realidad son presupuestos. Mala abstracción porque el concepto siempre tiene una raigambre a partir de la cual viaja y produce nuevas conexiones, nuevos entendimientos, nuevas conversaciones. La escritura agroindustrial es el desfallecimiento del concepto.

De ahí la importancia del trabajo de humanarse. Desearía que humanarse llegara a ser un concepto habitual pues su raigambre es íntegra y fértil. Los autores explican que consiste en “conservar el asombro y la perplejidad por la vida que crece”. Es un concepto bello pues nombra algo que solo se puede hacer junto a otros y que *no se puede hacer de otra manera*. No son las palabras de las que Guzmán y Suárez se valen, pero creo que en este llamado a humanarnos abogan por una antropología más experimental, más preocupada por el proceso, por el hacer, que por el resultado. Una antropología más cercana a las vicisitudes de la vida, a los azares del trabajo. Una antropología que se escriba durante y después, no antes. El asombro no es posible si se sabe por adelantado lo que se quiere encontrar, si la pregunta ya ha dividido el mundo en opresores y oprimidos, si la indignación —casi siempre justa— toma el lugar del pensar. El asombro se aviene mejor al ensayo; a la escritura abierta que busca, con curiosidad incansable, lo impensado. El *paper*, por el contrario, suele corroborar. Se ha convertido en herramienta de señalamiento y denuncia; lo que no está mal, pero es insuficiente. Aún queda por hacerse el trabajo de comprender, esto es, de humanarse. Siempre habrá algo más que decir. La pasión por las vidas que hacen posible la vida y el acompañamiento de la vida material, en la que se han embarcado Guzmán y Suárez, nos sirven para recordar la importancia del trabajo de humanarse. Que no es poco.